

## MUJER

M<sup>a</sup> Carmen Gil del Pino  
Profesora Dpto de Educación  
Universidad de Córdoba  
Marzo/08

**Día de la Mujer Trabajadora**  
*Publicado 8/03/08 en Diario Córdoba*

Tú, como humo de incienso y a pesar de todo, asciendes decididamente. Hambrienta de vivir, a tu albedrío, toda de anhelos encendida y llena, te elevas por encima de los fogones, de las cacerolas y los estropajos y buscas una existencia más alta, más sugestiva, más intensa. Es tu hora de esplendor. Mírate. Mírate con ojos penetrantes. Ya no estás escondida como un pájaro de presa, sino volando hacia la altura contra designios, batiendo tus anchas alas bajo los rayos del Sol, dominando el griterío que se ha levantado contra ti. Exuberante, nueva, bellísima, subes con decisión de conquistadores hacia la blanca claridad. Ya casi alcanzas la luz, la luz misma, no su reflejo, una luz más dulce que la miel, a cuyo resplandor desgranas sueños prodigiosos sin miedo, sin miedo alguno. Aún no ha nacido el rayo que pueda aniquilarte. «El mundo es esto –te dices–: sol, luz, aire...».

Y allá, abajo, se ahondan en la penumbra del tiempo con lentitud indecible las férreas ataduras y las espantosas penalidades que has arrastrado siglos y más siglos. Arraigadas fuertemente, indóciles, van cayendo sin embargo movidas por la mano remolona de un torno chirriante, duro, destinadas a ser piezas de museo macabro: la maldita mordaza, que hasta el hartazgo sujetó tu lengua y te privó miserablemente de las dulzuras de la palabra; los recios muros, las elevadas y angustiosas rejas, los cerrojos..., que estrangulaban sin compasión todos tus sueños; las manos asesinas que troncharon tus alas, tus tiernas alas; la voz estentórea y pujante que infundía pavor en tu corazón; el velo negro; las siniestras celosías; el yugo, el pesadísimo yugo... Un llanto doloroso cae de tus ojos al reconocerte con extraordinaria nitidez, pese a la lejanía, tirando toda una existencia de ti y de tu grave carga, y el corazón se te llena de pena. Al hondo dolor físico que revives se suma otro más fuerte, incontenible, supremo: el de la injusticia, el de la postración, el de la impotencia.

Mujer, mujer, mujer...: sobrevino un próspero viento que acabó con tu adversa fortuna. Estás a salvo, a salvo, como las madreperlas, que viven en medio del mar sin que entre en ellas ni una sola gota de agua salada; como el Sol, que, enfundado en su manto de esplendorosa llama cual rey en su púrpura, mora encima de los cielos lejos de toda tempestad. Ya nada tienes que temer. Nadie podrá hacerte daño.

Brotas como la hoja nueva, tersa y fresca, y subes, deliciosamente mecida por todos los vientos, por encima del techo de cristal que te oprime. Y no es luz ajena sino propia la que te hace ascender. Es tu luz, tu luz inmaculada, tu esplendor primero, puro, tu voluntad libre. Has pervivido hasta aquí desollada viva, como alma en pena entre paisajes yertos, muerta. Ahora te toca y quieres vivir, siquiera la plenitud de un solo día, como la efímera, ese insecto de grandes alas transparentes que nace una hermosa mañana y, tras el frenesí del apareamiento, muere al atardecer. «¡Vivir! ¡Vivir la más radiante de las existencias! ¿La muerte? No, la vida todavía, la dulce vida», te repites una y mil veces.

Bañada de rocío, batiendo sin desesperar tus diligentes alas, cada vez más ligera, más atrevida, más dichosa, manifiestamente libre, sales altiva a los aires claros del alba. Gozas, al fin, de las primicias de la libertad. «¡Luz, más luz!», exclamas con voz firme al sentir la delicada caricia del viento. «Volaré –te juras– mientras me dure el vivir».

No oponga nadie resistencia a tan noble deseo y tan grande juramento.